



CAPÍTULO VIII

Historia, Tradición y Arte.—Roncesvalles: la rota de Carlo Magno: fábulas y romances á que ha dado origen; recuerdos de Roldán.—San Salvador de Ibañeta.—La Orden sacro-militar hospitalaria.—La Capilla de Sancti-Spiritus.—La iglesia de Santiago.—La fuente de la Virgen.—La Colegiata y sus preciosidades.—La cruz del bosque ó de los peregrinos.

TRAZAMOS en la *Introducción* á la presente obra un bosquejo general de la historia de Navarra cual convenía á la índole de nuestro libro; ahora sacaremos de la vida de esta gloriosa aunque pequeña monarquía los hechos más grandes y dignos de su fama, ó los de mayor interés aunque no sean gloriosos, ya para irlos narrando aisladamente, ya para entreteter su relato con la trama de la rica tapicería artística y monumental del país, como filacterias que sirvan de explicación á sus cuadros.

Ofrécesenos como el primero de estos la rota de Carlo Magno en Roncesvalles.—Corría el año del nacimiento de Cristo 778: las formidables tribus de vascones que ocupaban las cumbres del Pirineo, vivían sin reyes—acaso no sin caudillos—en cierta independencia respecto de los dos grandes Estados que se les

avercinaban por el norte y por el mediodía, el imperio de Carlo Magno y el Califato. Mas se hallaban divididos, sin unión ni concierto entre sí, por la falta de un jefe supremo que adunase sus fuerzas: y mientras algunos aceptaban el dominio ó protectorado que pretendía ejercer sobre todos ellos el poderoso rey franco, otros lo rechazaban resuelta y denodadamente. Habiendo sacudido el yugo extranjero con la caída de la monarquía visigoda, repugnaban volver á tener señores, prefiriendo su agreste independencia á la racional sumisión al imperio de la ley, y en semejante estado se mantenían hacía más de medio siglo. Pero ocurre que mientras se hallaba Carlo Magno en Paderborn, presidiendo el célebre *campo de mayo* adonde había obligado á comparecer á los antes rebeldes sajones, se le presentan inopinadamente unos hombres cuyos trajes y armaduras revelan ser musulmanes. Eran estos, Ben Alarabí, el walf de Zaragoza, Casim ben-Yusuf, el hijo tercero de un famoso caudillo sarraceno enemigo irreconciliable de Abd-er-rahmán I, y algunos otros de sus compañeros, los cuales iban á solicitar del gran emperador el auxilio de sus armas contra el poderoso califa de Córdoba. El rey, dice su mismo secretario y cronista (1), concibiendo á persuasión de estos la esperanza de cobrar algunas ciudades en España, aceptó la invitación, y se preparó para invadir la Península en la primavera del año siguiente (778). Dejó aseguradas las fronteras de Sajonia, pasó el Loira, cruzó la Aquitania, juntó el mayor ejército que pudo, y dividiéndolo en dos cuerpos, resolvió que el uno franqueara los desfiladeros del Pirineo Oriental, mientras él á la cabeza del otro penetraba por las gargantas de los Bajos Pirineos, poniéndose sobre Pamplona. Los pamploneses se hallaban á la sazón muy estrechados por los sarracenos (2), y le reciben con alborozo abriéndole las puertas:

(1) EGINHARDO, *Vita Karoli Magni*, y *Annales de ejus gestis*, anno 778.

(2) Lo dice el monje de Silos.—V. su *Chronicon*, cap. XVIII (*España Sagrada*, t. XVII, p. 271 y 272.)

acaso los cristianos le miraban como á su libertador, en tanto que los walfes árabes rebeldes al califa de Córdoba, que probaban fortuna entablando tratos en la región del norte con los pequeños señores de la Vasconia, esperaban auxilio de su brazo para sustraerse al mando de Abd-er-rahmán. Juntanse los dos ejércitos francos ante los muros de Zaragoza, de la cual están apoderados los infieles, y aunque la multitud de sus legiones hace temblar de miedo á España entera (1), fracasan en el empeño de rendirla, perdiendo mucha gente el emperador, que allí se trasladó desde Pamplona (2).

¿Qué se habían hecho los ofrecimientos y compromisos de Ben Alarabí? pregunta el imparcial historiador (3). ¿Se arrepintió de su obra al ver á Carlos presentarse, no como auxiliar, sino con el aire y ostentación de quien va á enseñorearse de un reino? ¿Ó acaso los musulmanes llevaron á mal el llamamiento de un príncipe cristiano y de un ejército extranjero, y se levantaron á rechazarle aun contra la voluntad del mismo walf? Queda esto en la sombra de la duda: lo único cierto es que el grande emperador vió sublevarse los walfes y alcaides de todas las poblaciones de una y otra margen del Ebro, y que temiendo el arranque de tan formidable coalición, levantó el cerco de Zaragoza después de haber aventurado estérilmente una acometida en la cual perdió no poca gente (4), y *con gran peso de bochorro* (5), retrocedió sin recoger más que prendas y rehenes, entregados como garantía de vasallaje por unos cuantos gobernadores árabes y señores cristianos ó jefes de algunas de las tribus

(1) Expresión hiperbólica de los Anales de Metz.—V. *Annales francorum Mettenses*, ad annum 778. (DOM BOUQUET, *rerum gallicarum et francicarum scriptores*, t. V, p. 343.)

(2) *Et inde perrexit (Karolus Rex) ad Cæsaraugustam: et dum in illis partibus moraretur, commissum est bellum fortissimum die Dominica, et ceciderunt Sarraceni multa millia.* (*Chron. Rivipullense, nunc Parisiense, in Codice regio.* DOM BOUQUET, t. V, p. 70.)

(3) LAFUENTE, *Hist. gral. de Esp.*, Part. II, Lib. I, cap. VI.

(4) Véase la nota penúltima.

(5) *Annal. Mettenses*.—Id. de Aniano.—Id. de Eginhardo, ad ann. 778.

menos propensas á la guerra. Pero desconfiando de la fe de aquellos mismos que se le mostraban amigos, resuelve arrasar los muros de Pamplona para que sus inseguros amigos no puedan caer en la veleidad de declarársele adversarios, con lo cual ofende á los vascones; y dirigiéndose luégo á Francia, se interna en los desfiladeros de Roncesvalles para regresar á su país por el camino mismo que había recorrido al venir, esto es, por los estrechos pasos de Ibañeta y San Juan de Pié de Puerto.

Dividido en dos cuerpos marcha el formidable ejército por aquellas angosturas, á bastante distancia uno de otro. Carlos va á la cabeza del primero: «Carlos, igual en valor á Ansbal y á Pompeyo, atraviesa felizmente con la ayuda de Jesucristo las altas cimas de los Pirineos (1).» Va en el segundo cuerpo la corte del monarca, los caballeros principales, los bagajes y los tesoros recogidos en la expedición, y sorpréndenle en aquellas angosturas los vascones, que apostados en las laderas y cumbres de Altabiscar y de Ibañeta, parapetados en las breñas y riscos, lanzando al viento su clamoroso *irrinz* ó grito de guerra y al resonar el cuerno de montaña, precipitan sobre las huestes francas los enormes bloques desgajados de las alturas, los cuales, rodando con inaudito estrépito y formando como un alud de peñascos, caen sobre los arremolinados peones y jinetes embarazados por su misma muchedumbre, y aplastando á la mayor parte de ellos truecan en breve al ordenado ejército en revuelta masa de cadáveres y moribundos, donde todo es horror y destrozos, y donde los lamentos y alaridos de los vencidos se mezclan con la gritería de los vencedores, retumbando en las rocas y cañadas y aumentando el horror del sangriento cuadro.—Allí quedó deshecho el ejército entero, y dispersas todas sus riquezas y bagajes; allí perecieron Egghiard, el prepósito de la mesa del rey (2), Anselmo, conde palatino; Roland, el prefecto de la

(1) *Anonymi, Vita Hludovici Pii, vulgo Astronomi appellata, cap. II. (DOM BOUQUET, t. V.)*

(2) En un manuscrito de la Biblioteca nacional de París (dice el Sr. Mañé en

Marca de Bretaña, y la flor de la nobleza y caballería de los francos, sin que Carlos pudiera volver por el honor de sus armas ni tomar venganza de tan ruda agresión.—Tal fué, según el relato contemporáneo de las mismas crónicas francas, aunque algunas guarden sobre ella estudiada reserva, la famosa rota de Roncesvalles, único desastre que nubló con tristeza la serena frente de Carlo Magno, como dice el poeta sajón Angilberto (1).

su *Oasis*) se ha descubierto el epitafio de un guerrero franco muerto en Roncesvalles, el senescal Egghiard. Éste es sin duda el Egghiard, conde palatino, que nombra Eginhardo, quien especifica cuál era su cargo, á saber, el de maestresala ó prepósito de la mesa del rey.

(1) Ac facinus tantum quoniam permansit inultum,
Tristia regali subduxit nubila menti,
Prospera quam fecere prius complura serenam.

(Poetæ SAXONICI, *Annal*, lib. I.)

Los escritores francos de mayor crédito á quienes hay que atenerse en la narración de la famosa rota sufrida por Carlo Magno, son Eginhardo, secretario del emperador, que escribió la *Vita Karoli Magni* y los *Annales de ejus gestis*; el anónimo autor de la *Vita Hludovici Pii*, conocido vulgarmente por *el astrónomo*; y Pertz en sus *Monumenta Germaniæ*.—De estos, son los más dignos de fe Eginhardo y el anónimo, porque escribieron de cosas de su tiempo, singularmente el primero por su cargo de secretario y como yerno del emperador, y además testigo presencial del hecho. El docto Ambrosio de Morales le tomó por guía en su *Crónica General de España* y tradujo literalmente su narración, breve y concisa, en estos términos: «Teniendo el emperador larga y continua guerra con los de Sajonia, dejando contra ellos sus presidios en las fronteras llamadas entonces Marcas, quiso acometer á España. Y con cuanto poder y aparejos de guerra pudo juntar, pasando los montes Pirineos, y sujetando todos los lugares y castillos adonde llegó, se volvió con su ejército vencedor. Mas á la vuelta en lo alto de los Pirineos hubo de sentir un poco la traición de los vascones. Porque pasando el ejército grandísimo en las hileras angostas, como por la estrechura de los pasos era necesario, los vascones pusieron sus emboscadas en lo alto de la montaña, dándoles grande aparejo para ello las espesas arboledas, de que todo aquello está lleno. Así dieron en la retaguardia y en los bagajes, y las forzaron á descender en lo hondo del valle, donde los mataron á todos sin escapar ninguno, y robando todo el carruaje, con gran presteza se esparcieron por diversas partes, ayudándoles la noche, que luego sobrevino. Valióles mucho á los vascones en esta facción la ligereza de las armas y la disposición del lugar donde se peleaba. Por el contrario fatigaba mucho á los Franceses y los hizo inferiores á sus enemigos, el peso de las armas y lo fragoso de la montaña. En esta batalla murió Egnarto, Maestresala del Emperador, Anselmo, Conde del Palacio, Roldan, Capitan General de toda la costa de Bretaña, con otros muchos. Y no podía el Rey tomar venganza desta pérdida, porque los enemigos, ganada la victoria, de tal manera se esparcieron, sin quedar hombre con hombre, que ni aun se podía tener nueva de donde estuviesen.»—Los demás accidentes que nosotros añadimos, están tomados del Anónimo, coetáneo también, como hemos dicho, el cual nos refiere cómo el emperador se decidió á venir con

Hasta aquí lo histórico y verdadero; de aquí en adelante la fábula, la conseja, la leyenda, los cuentos caballerescos y romances que han desfigurado por completo la realidad de los hechos; y que sin embargo constituyen memorias llenas de interés, que no es posible dar al olvido porque están enlazadas con lo más galano de la literatura europea del ciclo caballeresco, y porque retratan admirablemente el carácter nacional español y francés.

Acabamos de ver que los autores de la derrota sufrida por el rey franco fueron exclusivamente los vascones; y sin embargo éstos no suenan para nada en la historia legendaria del ruidoso suceso; son ya los musulmanes, ya los españoles, los que ocupan su puesto en los romances y en los cuentos forjados desde fines del siglo XI en adelante allende y aquende el Pirineo. Los franceses, á la cuenta, tuvieron á mengua el haber sido anonadados por los oscuros montañeses éuskaros, y empezaron á adulterar la historia fingiendo que la lucha fué entre francos y musulimes. La crónica falsamente atribuída al arzobispo Turpin (1), fuente donde bebieron sus inspiraciones casi todos los poetas de Europa, incluso nuestros romanceros, suponen á Carlo Magno vencido por una traición de los moros; y del mismo supuesto parten el autor del *Espejo historial* y la muy vulgarizada *Historia de Carlo Magno y de los doce pares de Francia*, libro que hace unos veinte años andaba hasta por las manos de los aguadores y mozos de cordel. De todas las composiciones francesas de este género, la más notable sin duda es el famoso *Canto de Roldán* (*Chanson de Roland*), verdadero poema homérico así por su belleza grandiosa, ruda y sencilla, como por su carácter nacional, debido según se cree al tro-

su ejército por las falsas promesas del walí de Zaragoza Ibnalarabí; de los *Annales Mettenses*, y del *Chronicon Riviipullense*, arriba citados.

(1) La *Crónica del arzobispo Turpin*, publicada por primera vez en Alemania en 1566, no es sino una novela histórica que á fines del siglo XI compuso un monje anónimo de San Andrés de Viena del Delfinado, cuyo verdadero título es: *De vita Caroli Magni et Rolandi*, novela en que se amalgama lo cierto con lo fabuloso.

vera Théroulde, poeta normando del último tercio del siglo XI (1); y en esta obra tan preciosa, literariamente considerada, no sólo se hace caso omiso de los que verdaderamente triunfaron en Roncesvalles, sino que se finge una sangrienta revancha tomada por los franceses contra los moros de Marsilio y sus aliados. La poesía popular castellana corrió á rienda suelta por la región de la fantasía inventando un Roncesvalles á su capricho: imagináronse los romanceros nuestros que respetando el fondo sustancial del memorable hecho histórico, á saber, la defensa de la patria contra el francés, coronada por la victoria, todo lo demás podía alterarse. Alteraron la fecha del suceso, trayéndolo al reinado de D. Alfonso el Casto; cambiaron los personajes del drama poniendo en frente de los franceses á los leoneses y castellanos, ya separados, ya juntos con los musulmanes; introdujeron héroes que oscureciesen el glorioso renombre de Roldán, de Oliveros, de Turpin y de los demás esforzados paladines francos, y sobre estos ensalzaron á Bernardo del Carpio y á D. Beltrán. He aquí cómo canta un poeta del siglo XVI la muerte de Roldán:

(1) Según Wace, *Chansons du moyen-âge*, el ministril Tallaferro, en la famosa batalla de Hastings, que aseguró la conquista de Inglaterra por los normandos, fué muerto mientras corría á caballo delante de la hueste de Guillermo el Conquistador entonando el cantar de gesta

de Karlemaine y de Rovellant
et d'Olivier et des Vassaux
ki moururent à Rains-Chevaux.

De este precioso poemita, *La Chanson de Roland*, dice Guizot en su excelente libro *L'histoire de France racontée à mes petits-enfants*, t. I, p. 211 y 212: «Cuatro siglos después del hecho de Roncesvalles, los compañeros de Guillermo el Conquistador, marchando á la batalla de Hastings para apoderarse de Inglaterra, entonaban este canto para prepararse á morir, como decía M. Vitet en su enérgica apreciación y hábil traducción de este monumento poético de las costumbres y de los primeros arranques caballerescos de la Edad-media. Difícil es determinar la parte que corresponde á la historia en estos recuerdos de la emoción nacional; pero de seguro las figuras de Roldán, de Oliveros y del arzobispo Turpin, y el carácter piadoso, rudo y tierno de su heroísmo, no son meras leyendas inventadas por la fantasía de un poeta ó la credulidad de un monje; si no ha de buscarse en ellos la exactitud de un hecho histórico, al menos hay que reconocer en su conjunto la verdad moral del retrato de un pueblo y de un siglo.»

El original de este canto anda perdido, pero existen de él dos copias, una

Apartado del camino
 por un valle muy cerrado,
 ví venir un caballero
 en un herido caballo.
 De la sangre que le corre
 deja un lastimoso rastro;
 una muerte por cimera,
 y un crucifijo en la mano,
 á grandes voces diciendo
 al crucifijo mirando:
 —¡Agora es tiempo, Señor,
 que por ti sea remediado
 el ejército francés,
 sino es del todo acabado!
 Mala la hubistes, franceses,
 con el que dicen del Carpio,
 pues que no hubo paladín
 que le resistiese el campo!
 ¿Qué es de tus famosos hechos
 de que el mundo está poblado?
 Qué es de tu fuerza encantada?
 Qué es de tu valor, Orlando?
 Los filos de Durindana,
 no mellan al castellano,
 ni este fuerte y duro acero
 pudo resistir su brazo.—
 Estando en esta congoja
 alzó los ojos Orlando,
 y por una cuesta arriba
 huyendo vió á Carlo-Magno,
 solo, triste y sin corona,
 de sangre todo bañado,
 y al dolor de verlo así
 muerto cayó del caballo.

Se han trocado los tiempos y los actores, pero el hecho fundamental permanece el mismo. Ahora el que intenta la perfidia

del 1150 al 1160 en Oxford, y otra del 1230 al 1240 en la Biblioteca de San Marcos de Venecia. Ha sido traducido, acompañando al texto comentarios y observaciones críticas, por M. Léo Gautier.—Publicó una versión castellana en su *Oasis* el Sr. Mañé y Flaquer.

de entregar la patria al francés, no es el walí de Zaragoza, no es el infiel sarraceno; es el mismo rey de León; y el héroe que obliga á éste á revocar su vergonzoso pacto, no escrupuliza en coligarse con los enemigos de su fe contra un estado cristiano, sólo por ser éste el francés. Pero el héroe verdadero, el éuskaro del Pirineo, ha desaparecido por completo de la escena, y no se acuerdan de él ni los franceses ni los españoles, consagrados á fantasear á su capricho sobre un hecho histórico de la mayor importancia, forjando cuentos y romances con que satisfacer la vanidad nacional. Españoles y franceses nos hemos dedicado desde fines del siglo xv hasta muy entrado el xvii, á exagerar las proezas de unos paladines más legendarios que reales y verdaderos: nosotros á nuestro Bernardo del Carpio, ellos á su Rol-dán. Los primeros romances relativos al bastardo del conde de Saldaña son todos completamente ajenos al suceso de Ronces-valles: en ellos no se hace más que ir inflando el globo, digá-moslo así, no más que poner de manifiesto el gran carácter del héroe y los inmensos servicios que presta á su tío el rey D. Alfonso II contra los infieles, para granjearsele y obligarle á que devuelva la libertad á su padre el conde, puesto en hierros porque tuvo amores con la infanta D.^a Jimena. La rivalidad entre nuestro paladín y el francés sólo comienza (cerrando por supuesto los ojos á los anacronismos) cuando el rey Casto, en su vejez, cansado de lidiar con agarenos y viéndose sin hijos á quienes dejar el trono, brinda á Carlo Magno con la corona de España: como en la verídica historia el walí Ibnalarabí le brindó con estados que se hallaban aquí en poder de infieles. Entonces sale Bernardo á la defensa de la independencia nacional; entonces es cuando se exalta su patriotismo y exclama, increpando al rey y á sus débiles consejeros:

¿Tanta flaqueza sentís?
 ¿Tanta es vuestra cobardía
 que del honor olvidados
 hacéis caso de la vida?